

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. UNA INTERPRETACIÓN

Por *JOSÉ LUIS COMELLAS*

Hace doscientos años, los españoles estaban viviendo una serie de acontecimientos excepcionales, en una sucesión tan rápida que venía a romper una era, como es la de casi todo el siglo XVIII, relativamente plácida y tranquila. Tal vez muchos de ellos se sentían desconcertados ante la increíble sucesión de acontecimientos. Ciertamente que en algunos ambientes ilustrados, habían comenzado a circular nuevas ideas, aires de cambio, quizá sobre todo desde la que A. Elorza ha llamado “generación de 1760”; pero estas ideas ni alteraban la normalidad ambiente, ni evolucionaban con una rapidez que pudiera sorprender a nadie.

Más que esa nueva generación, influyó en el ambiente el tránsito de 1789: por un lado, la sucesión de Carlos III, el rey de las reformas prudentes y bien pensadas, en Carlos IV, un monarca apocado e indeciso, que muy pronto fue dominado por un valido que goza de muy mala fama histórica, Manuel Godoy, en el cual se ha cebado desde entonces hasta quizá ahora mismo, una visión en exceso negativa, sin que por eso dejase de merecer las críticas de sus contemporáneos, críticas exageradas por los enemigos de su rápida y fácil ascensión al poder, y su dominio absoluto de la voluntad del monarca. Lo cierto es que en grandes sectores de la sociedad española, Godoy fue un personaje impopular, como casi siempre lo fueron los validos. Y justamente el mismo año en que Carlos IV subió al trono, estalló la Revolución francesa, un hecho que conmovió a gran parte de Europa, y muy

particularmente a España, por razones de vecindad y por estar regida por la misma dinastía, vinculados ambos reinos por un duradero Pacto de Familia. Por otra parte, bien sabido es que la propaganda revolucionaria eligió a España como su objetivo favorito, quizá precisamente por el peligro que podía suponer un posible derecho dinástico de la familia Borbón a cualquiera de los dos reinos.

La Revolución francesa, por otra parte, obligó a definirse a los ilustrados españoles. Ya no bastaba sostener lucubraciones teóricas, que no se sabía siquiera si, dada la situación de la opinión española, resultaban aplicables de hecho: era preciso aceptar o rechazar lo que se estaba operando al otro lado del Pirineo. Y fue entonces cuando se echó de ver una bamboleante, contradictoria en ocasiones, respuesta de los hombres ilustrados del momento. Floridablanca, el hombre de las reformas más progresivas de la época de Carlos III, se opuso frontalmente a la Revolución, y estableció el famoso “cordón sanitario” que cerró la frontera francesa, con la intención de cortar todo influjo, toda propaganda, e incluso en ocasiones trató de censurar las noticias que llegaban del país vecino. Por el contrario, el conde de Aranda, inquieto de ideas, ciertamente, y amigo de Voltaire, pero partidario, contra el criterio de Floridablanca, de mantener los privilegios y la superioridad social de la nobleza, mantuvo una política de entendimiento con los revolucionarios. ¿Y qué decir de Jovellanos, uno de los hombres más equilibrados y razonables del momento? Unas veces se le ve rechazando de plano las ideas revolucionarias, y otras, como después de un desaire sufrido en la corte, escribiendo en sus diarios una frase tan terrible como esta: “caigan, pues, las testas coronadas.....”.

Pero el rito de los acontecimientos alcanzó su paroxismo en 1808. Primero ocurre el primer destronamiento de la historia moderna de España. Casi al mismo tiempo, una intervención directa de Napoleón Bonaparte en nuestros destinos, la invasión militar del país, y el intento de implantar un nuevo régimen, presidido por la figura de su hermano, a quien impuso como José I. El intento napoleónico contó, por paradójico que pueda parecer, con un grupo de ilustrados españoles, que dieron por bueno el cambio, y siguieron una política de reformas que transformaba

parcialmente al menos el sistema por el que tradicionalmente se había gobernado España. Pero casi al mismo tiempo también, se producen una serie de movimientos contra la intrusión napoleónica, y comienza la guerra más espantosa de nuestra Edad Contemporánea, una contienda cruel, llena de vaivenes, que tan pronto parece ganada como perdida, que iba a ensangrentar a España durante seis años y a provocar destrucciones sin cuento que tardarían muchos años en repararse.

Luego vendría una disputa interna por el poder en la España patriota, varios ensayos fallidos, críticas y zancadillas mutuas, hasta que todo desembocó en la reunión de unas Cortes que iban a cambiar la suerte política de España en un grado mucho más amplio que el intentado por los mismos afrancesados: hasta desembocar en el establecimiento del Nuevo Régimen. Por sorpresa, España, que según el presidente de la regencia, D. Pedro de Quedo, era el último país del mundo en que pudiera estallar una revolución, fue el tercero del mundo en implantar por cuenta propia las realidades del Nuevo Régimen propias de la Edad Contemporánea. Y finalmente, el regreso de Fernando VII, en 1814, que significó la vuelta a lo antiguo, pero ya ante una división de la conciencia de los españoles que iba a significar uno de los caracteres más distintivos de nuestro siglo XIX.

El primer suceso inesperado fue el motín de Aranjuez. Es significativo que un hombre que fue protagonista de los vuelcos de aquel agitado periodo, el conde de Toreno, al comenzar su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, haya hecho partir el conjunto de lo ocurrido en “los sucesos que comenzaron el 17 de marzo”, no en la fecha mucho más significativa del 2 de mayo. El motín de Aranjuez ha pasado como un levantamiento contra Godoy, que acabó arrastrando en su caída al propio Carlos IV, promovido por el pueblo de Aranjuez, dirigido por un hombre simpático y resolutivo, el famoso “Tío Pedro”. Hoy, después de los trabajos de Martí Gilabert, de mis propios hallazgos en el Archivo de Palacio, y de otros más recientes, incluido uno que acaba de aparecer ahora mismo (marzo de 2009) de Jorge Vilches, es preciso retocar la versión consagrada. No fue el pueblo de Aranjuez, por otra parte entonces apenas existente, quien se sublevó, sino centenares de personas trasladadas

ex profeso desde Madrid. El motín no fue popular, sino promovido por elementos ilustrados, en la mayor parte miembros de la aristocracia, que supieron ganarse una pequeña clientela; en tanto que el “Tío Pedro” ha resultado ser el conde de Montijo. En definitiva, fue el “partido fernandino”, alentado por el príncipe de Asturias y dirigido por elementos de la nobleza progresista, y conocidos ilustrados, el que descargó el golpe. El resultado fue la prisión de Godoy y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII, “el Deseado”, que así fue conocido ya entonces, y en quien casi todo el mundo depositaba sus esperanzas. Que unos y otros esperasen del nuevo monarca cosas distintas, es otra cosa.

Manuel José Quintana escribió a los pocos días una oda “A España, después de la revolución de Marzo”. La idea de revolución parecía gravitar en muchas conciencias. Poco después, Fernando VII hacía su entrada triunfal en Madrid, y establecía un gobierno formado por miembros del llamado “partido de la oposición”, entre los que figuraban, por ejemplo, Azanza, O’Farrill, Mazarredo, Cabarrús. Curioso: los mismos que semanas más tarde van a ser ministros de José Bonaparte. El hecho es tan inesperado como digno de un estudio en profundidad, porque resulta en alto grado significativo. ¿Cómo iba a ser el nuevo régimen presidido, al menos nominalmente por Fernando VII? ¿Qué política iba a adoptar? ¿Con qué nombre pudo pasar a la historia? No lo sabemos. Aquel cambio quedó inmediatamente arrasado por un hecho espectacular, que ya se estaba viendo venir, y que iba a provocar las consecuencias más sorprendentes. La ocupación francesa.

Conocemos hoy bien los propósitos de Napoleón sobre España y su evolución a lo largo de los últimos años. España, país aliado, España país utilizado, España, país ocupado por la fuerza de las armas. El motín de Aranjuez fue el pretexto aprovechado por Bonaparte para decidir una intervención directa. Citó a los dos reyes, Carlos y Fernando, a las entrevistas de Bayona, y al fin, en un proceso que no he de recordar aquí, logró la renuncia de ambos y el nombramiento de José Bonaparte como nuevo monarca. En el estado actual de nuestros estudios, no parece que la independencia de España estuviera en juego, como creyeron inmediatamente nuestros antepasados. Se trataba de fundar un estado amigo, si se quiere un estado satélite, pero dotado de sobera-

nía propia y de un régimen determinado, distinto del que regía en Francia. De aquel conjunto de países que constituían la Asociación Continental, curiosamente solo uno sigue regido por una dinastía establecida por Napoleón: Suecia, donde reinan los descendientes del general Bernardotte. Pero si los españoles pudieron equivocarse, mucho más trágicamente se equivocó Napoleón que imaginaba a España como un país fácilmente conquistable, y que fue el único de Europa que supo resistir heroicamente hasta el momento de la caída del corso.

Napoleón, no hace falta decirlo, se presentó desde el primer momento como el regenerador de España. “He visto vuestros males -declaraba en su proclama a los españoles-, y voy a remediarlos. Vuestra monarquía es vieja: mi misión se dirige a renovarla. Mejoraré vuestras instituciones y os haré gozar de los beneficios de una reforma sin que experimentéis quebrantos, desórdenes y convulsiones”. Está preconizando, apresurémonos a reconocerlo, lo que va a ser la política de los afrancesados. Napoleón muy pronto se declaró oficialmente fuera de la escena, y dejó la dirección de estas reformas en manos de su hermano José. Y un cierto número de españoles, por lo menos los más de los 100.000 que seis años después tuvieron que acompañar a José I al destierro, le siguieron y colaboraron con él. ¿Traidores? ¿Oportunistas? ¿Convencidos de que, dado el cariz de las cosas no cabía otra opción?: ¿Partidarios sinceros del programa ideológico que se estaba preparando? De todo pudo haber, pero parece evidente que la mayor parte de los colaboradores directos del rey José ingresaron en la empresa voluntariamente, convencidos al parecer de las bondades de aquel programa. Intelectuales, ilustrados, dotados de un carácter moderado, nada extremista, eran hombres hasta entonces prestigiosos y aceptados. Ahí están Azanza, Cabarrús, Moratín, Meléndez Valdés, Urquijo, Marchena, Miñano, Hermosilla, y tal vez como telón de fondo, sin intervenir en los hechos, pero mentor de las ideas clave, Alberto Lista.

Que dieron saltos a veces escandalosos en su elenco de fidelidades es por otra parte cierto. Miguel José de Azanza fue ministro de Carlos IV, de Fernando VII y de José I, siempre con las mismas ideas y el mismo programa. Nada digamos de Cabarrús, ministro de Carlos III, de Carlos IV, de Fernando VII y de

José I. Su decisión de servir al régimen afrancesado les granjeó la enemiga de amigos bien queridos hasta entonces. Es hasta emocionante la correspondencia entre Cabarrús, afrancesado, y Jovellanos, patriota, muy cerca por sus ideas y enemigos en su actitud final. Carbarrús intentó por todos los medios, hasta con lágrimas en los ojos, convencer a don Gaspar Melchor, que no cedió un solo momento. Y ahí tenemos a Meléndez Valdés y su discípulo predilecto, Manuel José Quintana, militando en dos bandos contrapuestos.

Los afrancesados, en la medida de lo posible, fueron excelentes administradores. Dieron siempre primacía a la administración sobre la política. Y se preocuparon muy especialmente de dos puntos programáticos: primero, fomentar el desarrollo económico de España en todos los niveles sociales. Segundo: realizar una política de desarrollo educativo, desde los primeros niveles hasta los superiores. ¿Cabría ver en este doble deseo la huella de una idea que Alberto Lista sostuvo toda su vida?: solo cuando España sea un país rico, en que todos puedan sentirse económicamente independientes, y un país culto, en que los ciudadanos hayan alcanzado un suficiente grado de responsabilidad, podrán permitirse el lujo de ser verdaderamente libres.

Una idea que quisiera simplemente esbozar aquí: tengo la impresión de que la distancia ideológica entre los ilustrados que sirvieron a José I y los liberales que acabaron instaurando un nuevo régimen en las Cortes de Cádiz no es tan grande como habitualmente se ha supuesto. Lo que les diferencia, más que el objetivo final, es el *tiempo* en que se propusieron alcanzarlo. Para los afrancesados, las reformas han de ser lentas y paulatinas. Cuántas veces, ilustrados ellos, aludieron a la “majestuosa marcha de la naturaleza”, que poco a poco va haciendo retoñar los árboles o crecer las cosechas.

En fin, el proyecto afrancesado no consiguió prevalecer. En primer lugar, porque los españoles, categóricamente, no quisieron. Y en segundo lugar porque el tinglado napoleónico sería debelado al cabo solamente de seis años. Caído Napoleón, caídos todos los poderes que de una u otra forma había establecido en Europa, quizá no esté de más señalar, siquiera de pasada, que los afrancesados, luego ex-afrancesados, no terminaron en 1814

su protagonismo político. Proscritos y desterrados en un principio, fueron regresando luego, clandestina o paladinamente. Durante un tiempo se les prohibió establecerse en Madrid. Fundaron periódicos, colegios, escribieron, e influyeron directa o indirectamente, e hicieron lo posible por templar los ánimos tanto de absolutistas como de liberales. Curiosamente, hoy sabemos que tuvieron su momento de máxima influencia, a partir de 1826, durante la llamada "Ominosa Década" de Fernando VII. Y es que el monarca fue ganado progresivamente por aquellos hombres que predicaban "el justo medio", un sistema moderado capaz de evitar una guerra civil, y una reforma administrativa y cultural que pudiera abocar a tiempos mejores. Que aquella tercera vía hubiera resuelto el problema de las Dos Españas es un futurible que de ningún modo podemos dilucidar. Pero ahí están Miñano, Reinoso, Gaspar de Remisa, Sainz de Andino, y, entre bastidores, Alberto Lista, maestro de algunos de los futuros líderes del partido moderado como los célebres cuñados Pidal y Mon. La guerra civil que estalló tras la muerte de Fernando VII arruinó el proyecto de la Tercera vía.

España no quiso, decía, y en 1808, comenzó la tremenda y épica Guerra de Independencia. La Guerra de Independencia es tenida usualmente como el último hecho decisivo en la Historia mundial protagonizado por España en la Edad Contemporánea. Napoleón, diestro en batallas de fulgurante rapidez, capaces de decidir una guerra en pocas horas, se estrelló contra España, que supo mantener la contienda en un espacio de seis años, la única guerra continuada a que se vio abocado el corso, hasta contribuir en 1814 al final de la aventura. Los hechos son bien conocidos desde un punto de vista puntual, y han sido estudiados repetidamente, desde por historiadores que vivieron aquellos años hasta ahora mismo. Tal vez, por razones hasta cierto punto inexplicables, no se ha celebrado el segundo centenario con toda la solemnidad y toda la dedicación que el caso hubiera requerido, pero existen magníficas aportaciones recientes que contribuyen a enriquecer nuestro conocimiento.

Comencemos por los alzamientos, uno de los episodios más característicos y también mas sorprendentes del conjunto de una contienda en que los acontecimientos se suceden en serie casi

indescriptible. Apenas es necesario recordar la sublevación de Madrid, el 2 de mayo, en que el protagonismo corre a cargo de elementos de la población civil, con participación de un número exiguo de militares, entre ellos Daoiz, Velarde, Ruiz: y no es que los militares no estuviesen dispuestos a luchar, sino que, fieles a la disciplina tradicional del ejército, no participaron en una acción contraria a las instrucciones que tenían recibidas de las propias autoridades españolas. La rebelión terminó trágicamente con una dura represión y los fusilamientos del 3 de mayo. Todo parecía haber acabado. Sin embargo, nuevos planes se estaban cocinando en otros lugares de España, y culminaron con los alzamientos del 25 al 31 de mayo, tan sucesivos y tan repartidos por toda la geografía peninsular, que los ocupantes franceses quedaron desconcertados, y no pudieron atender a tiempo a todas partes. En este sentido, la simultaneidad tuvo efectos decisivos, y prendería la llama de una guerra que no quedaría resuelta hasta seis años después. Fue, en efecto, la única guerra larga a que tuvo que hacer frente Napoleón Bonaparte.

Siempre se vinieron considerando estos alzamientos como “populares” y “espontáneos”. Solo en el II Congreso Internacional sobre la Guerra de Independencia, celebrado en Zaragoza con motivo del sesquicentenario, comenzó a decirse otra cosa. Fue aquel el primer congreso histórico internacional a que pudo asistir el joven recién licenciado que ahora les habla, y debo confesar que la teoría del profesor Corona Baratech me dejó confuso. Pretendía Corona que los alzamientos de mayo no tuvieron un carácter de pura espontaneidad, y que se debieron al funcionamiento de un “aparato” previamente organizado. Recordaba Carlos Corona la tesis de Augustin Cochin, según la cual no existen revoluciones espontáneas: necesitan siempre una trama o maquinaria previa que las azuza y las mueve. Y recordaba los curiosos parecidos entre cada una de las insurrecciones de mayo, desde el grito inicial, la respuesta inmediata de multitudes que no tienen por qué estar reunidas en el mismo sitio, la forma de arrastrar por los pies a las autoridades que se niegan a secundar el golpe, hasta dejarlas muertas en algunos casos, o hasta el acto final de acudir al Ayuntamiento para obtener la formación de una “Junta Real y Suprema” del reino de..... Excepto Sevilla, que es especial, y

constituyó una “Junta Real y Suprema de España y de las Indias”. Corona apunta que la maquinaria que instigó los alzamientos de mayo fue la misma que organizó, artificialmente también, el motín de Aranjuez, el cual, al haber triunfado al instante, hizo innecesario poner en marcha la maquinaria general, pero esta maquinaria, ya preparada, sirvió para conducir otro tipo de alzamiento, el de mayo contra los franceses. Esta teoría, todo lo discutible que se quiera, fue mantenida por el profesor Corona con tenacidad aragonesa, y figuró al final entre las conclusiones del Congreso. Más tarde han insistido en ella el francés Morange, el británico Ch. Eschaile y hace pocos días, en un artículo publicado en este mes de marzo, Jorge Vilches.

Pero, mucho cuidado. El hecho de que los alzamientos de mayo pudieran estar instigados por un “aparato” previo, no empece en absoluto su carácter masivamente popular, el entusiasmo despertado en un ambiente receloso por la intervención napoleónica, y la generosidad con que los españoles se empeñaron en la defensa de su causa nacional. Creo francamente que se ha exagerado, durante las pocas celebraciones que se han hecho del bicentenario, el carácter de erección del concepto de “nación española”, como si justamente entonces hubiese nacido la conciencia nacional. He estado convencido durante toda mi vida, de que esa conciencia es sorprendentemente antigua en España, más que en otros países de Europa, y puede rastrearse desde muchos siglos antes; al respecto creo que he dejado mis ideas bastante claras en una conferencia pronunciada hace no mucho en Madrid, y no pretendo ahora insistir sobre este punto. Solo recordaré que los españoles sabían muy bien qué causa estaban defendiendo frente a las pretensiones napoleónicas, y no necesitaban que nadie les enseñase lecciones de derecho político.

Las insurrecciones de fines de mayo pillaron a los franceses francamente desprevenidos, y esta vez no pudieron, como los días 2 y 3 en Madrid, proceder a una intervención inmediata. Pero trataron de ir controlando el terreno y apagar las llamas individuales de cada golpe: tarea difícil puesto que nuevos alzamientos iban sucediéndose en los más variados escenarios. La primera sorpresa llegó en los altos catalanes de Bruch, en junio; y poco después, un gran ejército francés, comandado por el gene-

ral Dupont, era vencido en Bailén, a la entrada de Andalucía, contra todo pronóstico, en los días 17-19 de julio. Que en Bailén hubo suerte, es un extremo que no ofrece dudas; pero no solo fue la suerte la que decidió. Fue el plan sistemático de Castaños, lento, pero seguro; fue un acierto definitivo el no separar los cuerpos de voluntarios, menos curtidos, de las tropas profesionales, sino entreverarlos en las mismas unidades, para que los veteranos enseñaran a los bisoños a apuntar a tiempo, tirarse en tierra, desplegarse por la derecha o por la izquierda. La campaña de Utrera fue un excelente campo de entrenamiento, y este entrenamiento resultó decisivo. ¿Y qué decir del cuerpo de garrochistas andaluces, que alancearon a los franceses con la misma técnica que si fuesen toros? Y los movimientos de Castaños, amagando cortar la retirada a Dupont, que hicieron que este enviara a Vedel a Despeñaperros, privándose de la mitad de los efectivos, circunstancia que aprovechó el otro héroe, a veces un poco olvidado, el general Reding, para colarse por el camino libre hasta Bailén.

La primera derrota de un ejército napoleónico en batalla campal causó una enorme conmoción en toda Europa, y fue celebrada en Berlín, en Viena, en San Petersburgo. El Corso, contra lo que había parecido hasta el momento, no era invencible, y el ejemplo movería nuevas coaliciones antifrancesas, hasta lograr la victoria definitiva. El impacto moral de Bailén ha sido destacado por un reciente estudio de Manuel Moreno Alonso, y no tengo por qué insistir ahora en ello. Ni tampoco en los fulgurantes efectos que supuso en la misma España. A José I, que ya se sabía poco querido en Madrid, le faltó tiempo para retirarse a Burgos, y poco después a Vitoria. Si de él hubiera dependido, hubiera abandonado para siempre España. Por su parte, se dice que los españoles, un poco en su carácter, se dedicaron a celebrar la victoria más que a prepararse para una segunda embestida francesa, que resultaba más que probable. Ello no es enteramente cierto, porque se reorganizaron los ejércitos y se crearon nuevas unidades; pero se perdió tiempo a la hora de decidir qué forma de poder provisional iba a instalarse de momento en España. Quizá hubiera sido preferible en aquel momento, cuando casi todo el país estaba libre de enemigos, reunir unas Cortes, que por cierto habían sido encargadas desde el exilio por el propio Fernando

VII al caer en manos de los franceses. Pero el criterio de los junteros en favor de enviar delegados que formaran una junta central, era más simplista, aunque no estaba autorizada por la ley ni por la tradición. En aquel instante era la prisa lo que primaba, por más que la Junta Central nunca fue bien vista por todos.

Los españoles conocían muy poco a Napoleón si supusieron por un momento que Bailén, aquella “mancha en mi uniforme”, que decía el Corso, había sido olvidado. En noviembre toda la Grande Armée invadía la Península. No era ya una guerra práctica, ni un aprovechamiento de facilidades, como en mayo, sino la incómoda tarea de borrar un baldón y recuperar el prestigio ante la faz de Europa. El empuje desde la frontera francesa hasta Madrid fue bastante fulgurante, pero luego la guerra se fue diversificando en acciones interminables. La Grande Armée no pudo repetir acciones decisivas, como en Marengo, Austerlitz o Jena: España era distinta, y Napoleón se dio cuenta de ello muy pronto. La gran batalla -Ocaña- no llegó hasta un año más tarde -noviembre de 1809-, y a pesar de la resistencia de los españoles, los errores de movimientos condujeron esta vez a una derrota que pareció la contrapartida de Bailén. Y sin embargo, no fue exactamente así. Un acierto de Areizaga, y de Cuesta fue, tras el desastre, la consigna de dividir a los vencidos en pequeñas unidades que se dispersaron en todas direcciones. Con ello, los franceses hubieron de dispersarse a su vez. La táctica napoleónica de buscar grandes enfrentamientos de masas quedaba de esta forma burlada. Los franceses llamaron a esta forma ingrata de combatir “la petite guerre”, y solo más tarde los españoles la tradujeron como “guerrilla”, una palabra que por cierto hizo historia, y que se emplea en español en los más diversos idiomas del mundo.

La guerrilla nació así no de impulsos particulares por obra de paisanos enardecidos, sino por una táctica inteligente de los mandos militares. Pero no tardaron en surgir guerrillas civiles, y serán estas guerrillas las que infundan un sentido especial, hasta un carácter tremendamente específico a la contienda de la Independencia. La guerra entró en una fase radicalmente nueva, desconocida, impropia de lo usualmente establecido, bronca, difícil para todos, tremendamente destructiva y cruel; pero creaba en la historia del mundo un nuevo estilo de combatir que iba a consti-

tuir todo un mito en la historia de la guerra hasta ahora mismo. De momento, no era posible adivinar su desenlace, pero hoy se sabe muy bien que cumplió un papel decisivo en la derrota final de Napoleón, y de otros muchos ejércitos regulares, incluidos la Wermacht alemana en Francia o en los Balcanes o la de los americanos en Vietnam. Gómez de Arteche ha contabilizado hasta 470 batallas en la guerra de Independencia, un hecho absolutamente anómalo en la historia de las contiendas, que hasta entonces se había resuelto en uno, dos, tres, raramente en cuatro encuentros masivos decisivos. Por eso fue una guerra distinta a todas, la única permanente a que se vio enfrentado Napoleón, durante todo el resto de su reinado.

¿Como se forma una guerrilla, o por decirlo más exactamente una partida? Tampoco en este caso cabe hablar de pura espontaneidad colectiva, por más que el carácter eminentemente popular esté asegurado en todo momento. Todo depende de un hecho, tal vez anecdótico, y de un hombre, que encuentra muy pronto colaboradores. Juan Martín Díaz, "El Empecinado" era un carbonero de Castrillo de Duero, en Valladolid. Un mal día entraron los franceses en el pueblo y asesinaron a sus padres. Juan subió al desván, encontró un viejo trabuco, llamó a un hermano suyo, y ambos se echaron al monte. Dos hombres y un trabuco: he aquí el germen de una guerrilla. Al cabo de una semana eran ya diez combatientes, y pasado un mes alcanzaron a ser cien, entre armados y desarmados. Juan Martín Díaz llegaría a mandar miles de hombres y terminaría siendo teniente general y comandante del Séptimo Cuerpo de Ejército. Jerónimo Merino era párroco de Villoviado, en la provincia de Burgos. Otro mal día entraron los franceses en la iglesia, donde don Jerónimo estaba diciendo misa, dispersaron o mataron a los fieles, despojaron al sacerdote de sus vestiduras y le obligaron a cargar con los instrumentos de la banda de música del regimiento. El sacerdote huyó cuando pudo, consiguió reunir un grupo de mozos y su guerrilla creció hasta constituir una fuerza capaz de controlar el espacio entre el sur de Cantabria y el Alto Ebro. Julián Sánchez, "El Charro", era herrero en un pequeño pueblo de Salamanca. Cuando los franceses pasaron por su herrería, se llevaron todas las herraduras hasta dejar a Julián sin el fruto de su trabajo. Poco le

costó en cambio reunir un grupo de jóvenes del pueblo y lanzarse a la acción. Francisco Espoz y Mina, campesino de Idocin, Navarra, admiraba a su sobrino Javier, un muchacho avisgado, que era estudiante. Javier fue apresado por los franceses, y Francisco se decidió a liberarlo. Encontró amigos por todas partes, acabó siendo uno de los caudillos más famosos de la guerra, y sabiendo al fin leer, pero todavía no escribir (como que sus memoria se las escribió su mujer) llegó a Capitán General.

Tal es la asombrosa historia de las guerrillas. ¿Qué duda cabe de que fue aquella una de esas ocasiones excepcionales en que la historia regala una oportunidad abierta a los talentos? En ningún otro momento anterior ni posterior se vio una posibilidad tan asombrosa para que personas desconocidas en la vida pública de un pueblo, y que hubieran permanecido desconocidas en circunstancias normales, llegaran a volar en las alas de la fama a la altura de los más ilustres caudillos de todos los tiempos. Pudo significar también, al mismo tiempo, una subversión de los papeles sociales sin igual en muchos siglos. El Empecinado era carbonero; Julián Sánchez, herrero; Manuel Adame, “El Locho”, porquero. Pero el elenco social es muy variado. Juan Palarea era un médico distinguido, Jerónimo Merino, un sacerdote culto y buen escritor, a juzgar por lo poco que conservamos de él; el barón de Eroles pertenecía a una vieja y aristocrática familia de la Alta Cataluña. Quizá el caso más impresionante que conozco nos lo da el hecho de que durante un tiempo el lugarteniente del Empecinado fue el marqués de Zayas. ¿Podemos imaginar siquiera entonces a un marqués sirviendo a las órdenes de un carbonero? ¿No significa esto una subversión total, radical, de todas las convenciones y de todas las funciones sociales? Es esta una cuestión destinada a un más serio estudio. Pero quizá merezca recordarse un apunte escrito años más tarde por Mesonero, en que comenta por propia experiencia que “fue aquella una ocasión memorable, en que, *rotos los lazos que unían a una y otra generación, y quebrantados los cimientos de la antigua sociedad española, se lanzó ésta a una vida nueva, agitada, vertiginosa.....*”. Sea lo que fuera, porque los alcances están aún por medir, no cabe duda de que el ritmo de la vida y de las actitudes ya no volvería a ser el mismo.

El papel de la guerrilla en la Independencia es suficientemente bien conocido como para que aquí debamos extendernos en detalles. Es cierto que en los últimos tiempos los historiadores del Servicio Histórico Militar han tendido a infravalorar un tanto el papel de la guerrillas, como entidades más engorrosas que organizadas y eficientes, siendo las batallas decisivas obra más bien de los profesionales; pero también es evidente que sin el papel incordioso y desesperante de las guerrillas y su capacidad para fijar cientos de miles de soldados franceses a un territorio que no podían dejar de ocupar, porque, de lo contrario era territorio inmediatamente perdido, cumplieron un papel que dejó las manos libres a los profesionales. No hay mejor testimonio que el de las memorias y hasta los diarios de los oficiales franceses, un género por fortuna abundante, que reflejan a las mil maravillas la inquietud, la zozobra, de aquellos ocupantes rodeados de un ambiente hostil, sabedores que en cualquier momento podía llegar la sorpresa, la asechanza, la trampa, por el medio más inesperado, convencidos de que cada vecino era un enemigo implacable y que su vida corría peligro durante el sueño. Todos hablaban del “insostenible infierno de España”.

Las ventajas del guerrillero son por otra parte bien conocidas. Por un lado el tan repetido tópico del conocimiento del terreno. Los franceses van por el camino, los españoles por el atajo. A pesar de los famosos ciento cincuenta pasos por minuto de los soldados franceses -un extremo que siempre me ha hecho dudar- los españoles siempre llegaban antes al lugar preciso. Por otra parte, las indicaciones itinerarias no siempre eran ciertas. - Oiga, buen hombre, ¿por donde se va a Roa? El campesino parece pensar un momento. Al fin levanta la mano del arado y señala una dirección: -Por allí. Los franceses, naturalmente toman por el camino opuesto, porque saben que les están mintiendo. ¿Pero y si se equivocan? ¿Y si por el otro lado les está esperando una cuadrilla entre los matorrales?

En segundo lugar, la versatilidad. Los franceses son infundibles, por su porte, por su uniforme vistoso, por su forma de hablar. Los guerrilleros son españoles como otros cualesquiera, van vestidos como todos, parecen vivir y trabajar como todos. El tabernero gordo y sanguíneo sirve vino peleón, y por supuesto,

gratis, al pelotón de gabachos. (-¿Pero no es este el mismo individuo que nos tiroteaba a la entrada del pueblo? -Cualquiera sabe, algo se le parece. Pero es tabernero y nos sirve con generosidad-). Los franceses se retiran un poco bebidos, el tabernero acude al altillo, requiere el trabuco, dispara por un ventanillo sobre los dos rezagados, y vuelve al mostrador. ¿Quién ha disparado? Nadie lo sabe.

En tercer lugar, la guerrilla tiene la logística absolutamente resuelta. Los guerrilleros encuentran alojamiento en todas partes -a veces en su propia casa-, se les entregan provisiones, vestimenta, todo lo que necesiten. Están siempre en territorio amigo, que les ayuda con el mayor entusiasmo. Los franceses se encuentran en un territorio hostil, que les niega el pan y la sal, que destruye el terreno antes de retirarse, y asalta las caravanas de aprovisionamiento. Durán Lóriga ha calculado que, de cada cien mulos que cruzaban el Pirineo, solo veintitrés conseguían llegar a Despeñaperros. Lo mismo sucedía con las municiones o las armas de reserva. Los franceses, contra las instrucciones que tenían de no hacerlo, hubieron de recurrir al pillaje, con lo que se ganaban nuevos odios y nuevos enemigos.

Y en cuarto lugar, juega un papel fundamentalísimo, en cierto modo nuevo en la historia, el concepto de guerra total, estudiado como filosofía de la guerra por Carl Schmitt: en el sentido de que es lícito todo aquello que de alguna forma pueda hacer daño al enemigo. Vale que un niño tire de la cola del caballo de un francés, para encabritarlo, pueda luego contar su hazaña o no pueda. Vale que el dueño del establo envenene los piensos, Vale que las mujeres de Olvera arrojen sartenes de aceite hirviendo sobre las caras de los franceses, sean cuales fueren las consecuencias. Como vale tender una trampa en el camino, dar una dirección equivocada, quemar cosechas, destruir puentes. Espoz y Mina fue todo un experto en la táctica de la tierra quemada. Cuenta Mor de Fuentes que de los siete puentes que atravesaban el Cinca para unir Aragón con Cataluña, los siete quedaron destruidos, entorpeciendo decisivamente las comunicaciones. Los franceses recurrieron a las mismas violencias. Zaragoza sufrió tres asedios consecutivos, y en el último se luchó casa por casa. Las destrucciones y brutalidades fueron sistemáticas, y objetos de va-

lor incalculable fueron objeto de rapiña por parte de los irruptores. España acabó expulsando a los franceses, pero salió de la prueba destrozada, y hubo de pagar las consecuencias durante mucho tiempo. Si no tenemos en cuenta esta extremada dureza y las espantosas destrucciones habidas, difícilmente comprenderemos los desastres de la posguerra, y el ambiente desabrido que siguió.

La labor de fijación de unidades militares francesas al terreno sí que ha sido reconocida por los historiadores militares. Las guarniciones napoleónicas en España llegaron a sumar más de 350.000 hombres. Con todo, Víctor solo pudo reunir en la batalla de Talavera 46.000. Soult no pudo disponer en Albuera mas que de 23.000. Marmont, en Arapiles, pudo oponer solo 42.000, frente a los 60.000 de Wellesley, entre ingleses y españoles. Por eso, los británicos lo tuvieron tan fácil en su "Peninsular War". Permítanme que les recuerde, en plan de pura anécdota, que cuando en aquel Congreso de 1958 a que al principio me refería, sir Charles Petrie pretendió que la Guerra de Independencia la ganaron los ingleses, doscientos españoles, incluido el exmozo que suscribe, cercamos al fornido historiador británico, fuerte como un toro, hasta obligarle a tragarse sus palabras. La guerrilla española no habrá ganado una sola batalla, pero hizo posible ganarlas a sus autores profesionales, además de cumplir un papel histórico fundamental al minar la moral de las tropas francesas. Napoleón supo valorar como nadie aquel esfuerzo, y ya en su destierro de Santa Helena dictó a Les Cases estas palabras: "los españoles desdeñaron sus intereses particulares para fijarse solo en sus ideales y en vengar las injurias recibidas... Se rebelaron y corrieron todos a las armas. Los españoles, en masa, se condujeron como un hombre de honor". La guerrilla española creó escuela, inspiró la de los tirolesees, más tarde la de los rusos, y finalmente fue tomada como modelo en la famosa "insurrección de los pueblos". Ciertamente, Europa no nos lo agradeció.

Y para terminar, quisiera insinuar un hecho que puede guardar una cierta relación con la forma y el ambiente mental, temperamental y actitudinal que tuvo aquella guerra al margen de todas las convenciones habidas hasta entonces. Bien conocida es la triste conversión de muchas partidas guerrilleras en cuadrillas de bandoleros, el ambiente a palo limpio que se vivió en la España

de la posguerra, el afán de obrar cada uno por su cuenta, al margen de la ley y de la autoridad, la frecuencia de los pronunciamientos militares y el mismo ambiente de guerra civil que no dejó vivir en paz a los españoles a partir de entonces. La guerra de Independencia fue al mismo tiempo una guerra civil en el sentido que hubo un número nada despreciable, en número y calidad, de españoles que colaboraron, como dirigentes y como administradores, con el régimen josefino. Se ha callado más la presencia de tropas españolas al servicio de Bonaparte, pero las hubo, y lucharon bien que mal. Pero también hubo guerras civiles entre los propios patriotas, incluso entre guerrillas rivales.

Una división que se hace desde entonces militante es la de carácter político-ideológico, fomentada por las pasiones del momento, y que pronto adquirirá caracteres dramáticos. Cierto que la ocasión era excepcionalmente aprovechable. Manuel José Quintana, en sus cartas a lord Holland, escritas a comienzos de los años 30, cuenta como en aquella ocasión excepcional, el poder en España rodaba por el arroyo, a merced de quien fuera más capaz o más hábil para hacerse con él. Reconoce que “España, habituada por los siglos y la costumbre al poder absoluto, lo hubiera soportado con paciencia durante mucho tiempo, si el tremendo revolcón de la crisis de 1808 no hubiera venido a trastocarlo todo. “Asimos, pues, la ocasión que nos brindaba la fortuna.....”. Y el propio Quintana fundó, ya en septiembre de 1808, en un Madrid recién liberado, *El Semanario Patriótico*, en que colaboraron gustosamente José María Blanco y Crespo, muy pronto Blanco-White, Isidoro de Antillón, Eugenio de Tapia, Juan Álvarez Guerra, la mayoría de ellos nerviosamente enfrentados bien poco después en la vorágine general. El “Semanario Patriótico” fue un aglutinante para el fervor combativo de los españoles, y animó muy pronto la idea de reunir unas Cortes que ya habían sido encargadas por el propio Fernando VII en el exilio para legitimar la defensa de la causa española. Pero un conocido trabajo de Jiménez de Gregorio ha hecho ver cómo “El Semanario” fue evolucionando en pocas semanas de la idea de unas Cortes para ganar la guerra a la de unas Cortes para ganar la paz. Ya por noviembre escribía Quintana: “Arrojemos, dicen, a los franceses. Como si con solo arrojar a los franceses pudiéramos edificar la

prosperidad y la felicidad de la Nación Española.....". Y más tarde: "es preciso elaborar una novísima Constitución que interponga una barrera infranqueable entre la mortífera arbitrariedad de los monarcas y los derechos imprescriptibles del pueblo". ¡Cómo se está inventando ya la dialéctica, el léxico, la terminología, exageraciones incluidas, de aquellas futuras Cortes!..

La contestación no tardó en llegar, no solo por parte de quienes, como Floridablanca, no consideraban apropiado el momento para afrontar graves cuestiones de filosofía política, sino de ilustrados abiertos de toda la vida, como Jovellanos, que era partidario de reformas, pero no de una revolución dispuesta a romper con las costumbres de los españoles. Las disputas en el seno de la Junta Central, de las instituciones creadas, las zancadillas, las jugadas con mala intención, las maniobras de unos contra otros, las asechanzas de la Junta Chica contra la Junta Grande, el robo de decretos, la guerra sorda no solo de liberales contra antiliberales sino de liberales entre sí, significan una dolorosa guerra interna entre los patriotas, todos auténtica y sinceramente patriotas, españoles de entonces. Espectaculares fueron los autoexilios de muchos de los hombres más indispensables. Casi el mismo día embarcaron para no volver el cariacontecido Jovellanos y el desconcertante Blanco-White, que desde las páginas de "El Español" de Londres se dedicaría a poner de vuelta y media al ambiente de las Cortes de Cádiz.

Fue así como el carácter visceral, el encendimiento de una actitud ante la vida que aun no se llamaba romántica, pero sumió en un vértigo excepcional a los españoles durante aquellos años tan distintos a todos, pudo servir para cambiar muchas cosas, pero también para crear un ambiente conflictivo, propio de esa situación que Lewis Stone llama *guerra interna*, entendida como "Una actitud de radical no entendimiento entre las partes, desemboque o no de hecho en una guerra civil". Guerra interna hemos tenido, ciertamente, desde entonces, durante por lo menos ciento cincuenta años. Quintana termina su primera carta presumiendo que los españoles supieron hacer su Revolución sin hacer derramar a nadie una gota de sangre, ni una lágrima siquiera". Y tiene razón: la Revolución se hizo en España con el aire de una fiesta jubilosa, y es este un timbre de nobleza que no podemos olvidar. No

faltaron lágrimas, ciertamente, lágrimas de emoción y de esperanza. Durante los más encendidos discursos en las Cortes de Cádiz, es frecuente encontrar expresiones como esta: "Porque yo, señores diputados, siento un gozo inmenso que estalla en mi corazón cuando pienso..." (El taquígrafo copista rellena la interrupción del párrafo advirtiendo: "el señor diputado se emociona"). Qué duda cabe de que aquellos hombres tampoco sabían lo que era el romanticismo, pero lo estaban practicando a conciencia.

Fue una ocasión magnífica. Pero quizá al mismo tiempo una ocasión cargada de pasiones y provisionalidades. El hecho es que la guerra interna siguió incuestionablemente a los años de la de Independencia y sería pródiga en sangre de cinco guerras civiles, una lucha entre dos Españas o más Españas capaces de helar el corazón a muchos españolitos que nacieron y murieron tal vez antes de tiempo. Lo digo con toda la prudencia y con toda la humildad que requiere la circunstancia, porque sé que tengo grandes probabilidades de equivocarme. Pero muchas veces he pensado que un acontecimiento tan tremendamente visceral y desequilibrante de todas las estructuras posibles como fue la Guerra de Independencia puede haber condicionado en gran parte nuestra complicada y azarosa Historia Contemporánea.